

4



Música
para
antes
de morir



Ángel Velarde

A vintage boombox is shown in the upper left, and a cassette tape is in the lower left. The boombox is dark with a large speaker on the left and various controls on the right. The cassette tape is clear with a black label and is partially inserted into a device. The background is a light, slightly blurred image of the boombox.

VERANO

La luminosa habitación, grande y con vistas al parque, había languidecido durante la triste espera de la muerte. La recuerdo en penumbra, como apagándose en torno a su inquilino. Él, funcionario de toda la vida, había conseguido abstraerse de todo. Cada vez pasaba menos tiempo en ese espacio, últimamente apenas sin papeles que tramitar, aún tratándose del despacho donde ejercía y ostentaba su rango. Se había convertido en un hombre solitario, a menudo abatido. ¡Qué importaba ya!

En esa última fase de la enfermedad, su presencia en la oficina pasaba ya inadvertida para el resto del personal. Los compañeros parecían mirarlo a través suyo, como queriendo ignorarlo, aún exhibiendo una extrema amabilidad, tal vez para no entablar una conversación que, finalmente, sabían que acabaría de forma incómoda para todos. La artificiosidad sólo podía acentuar la extrañeza de la situación.



Sentado ante la mesa, parecía como si tampoco quisiera alterar el paisaje interior de la estancia, un paisaje que él había construido a lo largo de tantos años y que ahora, de pronto, veía desvanecerse ante sus ojos. El escritorio permanecía ordenado, igual que las mesitas auxiliares. Los armarios y las ventanas, cerrados a cal y canto. Todos los muebles y objetos personales parecían elementos inmóviles de una decoración que ya no contaba, por falta de utilidad. La historia del despacho parecía detenerse o terminar, al menos en la narración escrita para su último protagonista. Su realidad no podía ser ajena a la escena sombría de una persona aguardando el final.

Todos sabíamos que estaba gravemente enfermo, presentíamos que iba a morir. Resultaba evidente que él también lo sabía y ocultaba su desconsuelo, quizás su resignación, escuchando una cinta con canciones antiguas, canciones que, aunque muy bellas, en ese contexto habían dejado de ser alegres.



OTOÑO

Sigue lloviendo. Recuerdo mi gesto observándole, queriendo adivinar lo que pasaba por su mente en esos momentos. Veía en su rostro a una persona contemporánea mía, que seguramente debió sentir cosas parecidas a las mías y que la música después le permitía revivir, como una manera de certificar que esas cosas, efectivamente, sucedieron y no fueron producto de los sueños. Pudieron ser acontecimientos felices, o no tanto, pero quedaron retenidos para siempre en la memoria, anclados a una melodía, como la sintonía que permanece vinculada a la escena de una película y ya se nos hace imposible separarlas.

Me han venido a la cabeza estos recuerdos, como una mala sensación, después de volver a oír aquella música. Él ponía la cinta una y otra vez, subiendo en cada ocasión el volumen del reproductor, como si las demás cosas que le rodeaban significaran ya muy poco si uno se enfrenta al propio destino y no cabe la ayuda ni el consuelo de nadie.

Se trataba de un puñado de melodías que también señalaron épocas concretas de mi vida y que, recopiladas después, podrían marcar un completo recorrido por treinta o cuarenta años de la historia de cualquier persona, de mucha gente. Sin embargo, sólo me parecían antiguas aquellas que no podía identificar con recuerdos concretos, ni me traían imágenes del pasado, imágenes que el tiempo ha tranquilizado para que la mente las pueda retener indefinidamente. Lo mismo que debía sentir él.

He pensado en esa música como en la banda sonora individual que cada persona elige para sí y luego identifica con episodios aislados de la vida. El estribillo lo aporta nuestra piel, testigo imprescindible de esos momentos que constituyen puntos de referencia inevitables de la existencia. Todo luego se convierte en un sentimiento, que parece hacerse más fuerte precisamente cuando la vida puede estar a punto de finalizar.

En realidad, creo que él no se sentía triste en ese trance. Era otra cosa. Se mostraba ausente en la espera incierta de su final. La mirada, orgullosa y desafiante de años atrás, se había vuelto perdida. Ya no era una mirada afilada, como tampoco su voz ni sus gestos. Parecía como si sólo le importara la música, su música, el rincón donde dormían sus recuerdos y las sensaciones que siempre le acompañarían, incluso más allá de la muerte. De alguna manera, podía identificar su angustia en mis propios pensamientos.



INVIERNO

A ún presintiéndolo, el desenlace nos cogió a todos por sorpresa. De un día para otro, la habitación fue clausurada y dejamos de percibir la presencia de su ocupante. Se fue sin más. Luego, permaneció vacía varios meses, un periodo prudencial y de respeto, me han dicho, suficiente como para que pudieran quedar desalojadas las cosas personales de su dueño anterior, ya sin valor ni significado. Esa es la costumbre para estos casos. No hay prisa para el olvido del que se va, como un último gesto de reconocimiento, cuando el adiós ya se ha producido. Es un ritual que aceptamos con naturalidad, como si la muerte formara parte de una agenda previsible.

Después he sabido por otros compañeros que él había previsto esa salida sigilosa, impidiendo que el organismo del que depende la oficina, hiciera público algún tipo de manifestación de pésame. No sé qué pensar de ese gesto. ¿Pretendía eludir la tristeza en aquellos que le fueron cercanos? ¿Tal vez repudiaba cualquier signo externo de pretenciosidad, incluidos los signos religiosos? Las únicas certezas sobre su persona, seguramente se fueron con él. Nunca sabremos cuáles fueron sus últimos pensamientos.

Durante un tiempo, casi nunca ha vuelto a entrar nadie en ese despacho.

Sólo uno de los ayudantes del fallecido, tal vez por la costumbre, se ha venido asomando todavía incrédulo para cerciorarse de que su jefe no estaba, con la vaga esperanza de que la pérdida sólo fuera un accidente pasajero. Le echaba de menos, eso era evidente. Durante años, fueron inseparables. Todos los lunes se les veía juntos, nada más llegar al trabajo, comentando las andanzas del fin de semana y los resultados del fútbol. Hasta hace bien poco, ha seguido haciendo lo mismo, pero ya sin él: abría la puerta como siempre, entraba al despacho y echaba un vistazo a todo y, con la mirada nublada, ante la ausencia del amigo, volvía a marcharse.




PRIMAVERA

En estos días ha llegado el relevo, el despacho tiene de nuevo utilidad y, curiosamente, a esa habitación vuelve a entrar la luz, ha vuelto a ser una habitación iluminada. Parece resplandecer. La música lejana ha pasado a un segundo plano. Ahora suena como un murmullo que apenas distrae mis pensamientos. Ni siquiera es música todavía, ya ni recuerdo a qué suena.

La irrupción de la primavera, y su explosión luminosa, ha coincidido con la llegada de un nuevo inquilino al despacho. Se trata de una mujer, joven y hermosa, a la que la habitación ha recibido con orgullo, así es el ánimo que hoy reflejan esas cuatro paredes. La estancia ha vuelto a darle vida a los rincones, el sol colorea otra vez todos los objetos, como si la historia empezara de nuevo después de un punto y aparte sombrío. Una historia nueva en cada caso, aunque enlazada con la anterior. Una historia siempre inacabada, como la de todas las cosas y todas las personas.





Las manecillas del reloj vuelven a marcar el punto de comienzo en la oficina de enfrente, un volver a empezar que se repite de forma cíclica.

Desde luego, nadie podría decir que las habitaciones carecen de alma. Si las paredes pudieran hablar, tendrían mucho que contar. Curiosamente, en este nuevo pasaje de su historia, en el despacho no se echan de menos las canciones de otra época. Ya no cuentan, no significan nada. La música está aún por llegar, y llegará sin duda, pero siempre será una música antigua y triste cuando llegue el momento de escucharla.

Me ha invadido en este punto una cierta pesadumbre, un sentimiento contradictorio que no consigo identificar, pero que me acompaña insistentemente, como un soplo de melancolía. A fin de cuentas, la música suele ser sólo eso y, con la muerte, desaparece.